

SEMINARIO DE SOCIOLOGIA

LA SOCIEDAD, LAS CLASES Y LA CLASE PROLETARIA

A las páginas dedicadas por Javier Conde a exponer con sucinta elegancia las «interrogaciones que suscita el problema de las clases desde las coordenadas en que hoy se halla planteado», quiero agregar unas someras notas sobre el concepto marxista de clase social (1) y sobre algunas de sus explícitas e implícitas consecuencias sociales, culturales y antropológicas.

I

Como es sabido, el marxismo sustenta (2):

- 1) La sociedad, cualquier sociedad es sociedad de clases;
- 2) La historia de esa sociedad es historia de las relaciones entre esas clases; pero

(1) Por clase social se entiende: a), un concepto genérico, que designa cualquier diferencia social colectiva; b), un concepto de especie, que opone «clase» a estamento y casta. El concepto genérico —se cree— es universal y necesario: ninguna sociedad sin diferencias sociales. El concepto específico es histórico y concreto. Sólo en este sentido último se emplea aquí el término «clase». En el marxismo esta discriminación conceptual va confundida.

(2) La cuestión de la originalidad marxista —de Marx y Engels— no ha de inquietarnos aquí. Cfr. George von Below, *Die Deutsche Geschichtschreibung...*, 1924, págs. 161 y sigs. Como amenidad, diré al lector que von Below llama a Marx y a Engels «Toreros», «Matadore». V. pág. 179.

- 3) la relación entre clases es siempre relación de lucha, luego
- 4) la historia de esa sociedad es historia de sus luchas de clases (3).

La doctrina y propaganda antimarxista ha solido cargar la mano en la refutación de la perennidad y necesidad de la lucha entre las clases sociales. A mi juicio, esto es un error. Lo específicamente marxista de la tesis sustentada por Carlos Marx no está en esta más o menos arbitraria descripción de la historia humana como lucha de clases. Tal idea no es un dogma marxista primordial, sino que es una construcción con un objetivo muy determinado. La visión del pasado, *sub especie* de batalla social, sirve en Carlos Marx para garantizar la verdad de su dogma fundamental, que es éste: la futura *realidad de una sociedad sin clases*. O en otros términos, la doctrina de Marx es menos una sociología que una filosofía de la Historia, de suerte que el enunciado: «la sociedad es sociedad de clases» hay que traducirlo a tiempos verbales históricos; así: la sociedad *era* y (aún) es sociedad de clases, pero dejará de serlo, y esto ocurrirá con necesidad, en tiempo histórico subjetivamente indeterminable, pero objetivamente determinado.

Lo específicamente marxista es, pues, su pronóstico —más o menos utópico, esto es otra cuestión— del fin y término necesario y fatal de la sociedad de clases. Visto históricamente, esto significa (para Marx, claro está) que el antagonismo entre las

(3) A efectos políticos, el marxismo simplifica y esquematiza la realidad. La lucha de clases se singulariza de cualquier otro tipo de lucha, por ser lucha no en paridad, sino en desigualdad. Los luchadores son los oprimidos y los opresores. El problema sociológico y moral que el concepto opresión encierra lo pasan por alto. No se comprende por qué unas luchas que tienen su raíz en determinaciones económicas allende la voluntad humana se colorean, no obstante, moralmente. En la obra de Engels, *Heren D. Duhring...*, 1886, pág. 269, es visible el doble juego: la división del trabajo —fenómeno económico— es el fundamento de la separación en clases; la ejecución histórica de esta escisión se cumple, sin embargo, por la astucia y la violencia.

clases es un fenómeno universal y necesario, pero no porque *perenne*, sino al contrario, *porque transitorio* (4). Note conmigo el lector que, tanto psicológicamente como desde el punto de vista de la eficacia social de una idea, lo importante no es demostrar la necesidad futura de su efecto —fin u objeto históricos—, sino la realidad, presencia y eficacia única de la causa —medio— que va a producir el efecto. Los socialistas premarxistas son utópicos, a los ojos de Carlos Marx, porque si muestran la necesidad del fin propuesto no demuestran la realidad de los medios que van a conseguirlo.

Para evitar ese *impasse* y patentizar —y patentar— la futura realidad de la sociedad sin clases, diseñó Carlos Marx su construcción de la sociedad de clases como sociedad en lucha de clases. Recuérdese, además, que en la época de Marx, que es también la época de Carlos Darwin, se creía con inconcusa fe que *donde hay lucha ha de haber victoria*. La batalla de las clases, en consecuencia, no podía acabar sino con la victoria de uno de los luchadores. Para mí es evidente que ésta es una idea cuya área de validez histórico-cultural es muy reducida. En términos históricos más amplios y universales de los que Carlos Marx tenía a la vista, puede afirmarse que las luchas pueden acabar sin victoria de nadie y, a veces, hasta con derrota y consunción de todos: luchadores y espectadores de la lucha (5).

Sea como sea, lo importante para nosotros, en nuestra presente intención, es señalar que, según Carlos Marx, la sociedad de clases ha de morir y morirá.

(4) En el Manifiesto comunista, junto a clase y lucha de clases, figura el término situación —condición o posición social, *gesellschaftliche Stellung*. Inútil preguntar si para los marxistas este término tiene valor sustantivo e independiente del de clase. En el propio Marx —en los finales de *Das Kapital*— hay un ensayo de explicación de las clases, que no casa bien con el marxismo popularizado.

(5) En un pasaje del *Manifiesto* se concede que las luchas de clases terminan o en un vencimiento o en un común fenecimiento de los luchadores. En la historia ulterior del marxismo esta posibilidad ha jugado escaso o nulo papel.

II

Tal certificado de futura, pero total defunción, quería entenderlo Carlos Marx, no en calidad de profeta maligno o de médico fracasado en su terapéutica, sino en su capacidad de economista. La economía —los factores de producción, en última instancia— será morbo endógeno de muerte, el par que semen benéfico de vida social futura, purgada y limpia de clases. Pues, se recordará, este proceso de muerte y vida es un proceso *dialéctico*. Quiere esto decir que entre pasado y futuro, entre muerte y vida, hay un eslabón. El ayer, sociedad de clase en lucha, no muere completamente, ni el futuro nace *ex nihilo*. Entre uno y otro, pasado y futuro, como náufrago salvado, flota el proletariado. Más aún: el pasado —sociedad de clases— naufraga *proletarii causa*: un poco «a causa del proletariado» y un mucho a su favor.

Esta posición central del proletariado en la apocalíptica filosofía histórica de Carlos Marx es de la máxima importancia para la comprensión del problema actual de las clases sociales. Incluso el mismo planteamiento del problema viene ya condicionado por esa posición de privilegio otorgada por Carlos Marx al proletariado dentro de la dinámica histórica. A estos efectos, es indiferente que aceptemos o rechacemos la tesis marxista; el hecho sociológicamente incuestionable es que todos nuestros tanteos conceptuales y todas nuestras reflexiones sobre este problema están determinadas consciente, inconsciente y subconscientemente por la existencia real del proletariado y por la de las armas que Carlos Marx forjó para ese mismo proletariado.

Este, ciertamente, no existe sino por oposición a otra u otras clases sociales. Lo decisivo, sin embargo, no es la cuestión académica en su contexto abstracto de la existencia del pluralismo social. No son los antagonismos sociales generales, sino que es la oposición entre proletario y no proletario —burgués— lo que da su dramática intensidad a la situación social actual y lo que fascina a nuestro pensamiento sociológico.

III

Cuanto se discurra sobre las clases: su naturalidad o artificialidad, su temporalidad o eternidad, su equilibrio o su inarmonía, su necesidad o su casualidad..., no pasa de ser mero prolegómeno a esta cuestión: ¿cuál es el futuro de la sociedad de clases burguesa y proletaria?

Bien puede ser que la sociología, o la teoría social, como se quiera titularla, no esté en condiciones de responder a esta pregunta tan angustiosa. Mas supuesto que esa inopia de la sociología sea cierta, ella no autoriza, sin embargo, su silencio. Si la sociología no puede (y quizá tampoco deba) plantearse ese problema del futuro de la sociedad con antagonismo proletario-burgués, sí puede suscitar otros problemas, anteriores y previos al del porvenir de la sociedad de clases en duelo.

IV

Una de las cuestiones más ricas que, a mi juicio, pueden plantearse por la sociología es ésta: ¿Cuál es el ánimo moral con que los hombres de hoy miran al fenómeno «proletariado»?

Una investigación empírica de esta cuestión comprobaría, creo yo, que la escisión proletario-burgués ha alcanzado tal intensidad que el ánimo y la actitud moral —y humana en general— de los hombres depende de su posición social. Al afirmar esto no incurro yo en flagrante pecado de marxismo, ya que tengo por cierto que la preponderancia que sobre las conciencias individuales ha llegado a alcanzar la posición social de los individuos no obedece a puras causas económicas en el sentido rigurosamente marxista del concepto. Si se me permite la expresión, diré que el responsable de este temple de las conciencias actuales es, en un cincuenta por ciento, el propio marxismo; esto es, una idea o ideología, no tanto una realidad económica.

En todo caso, en la sociedad actual hay tres principales

actitudes, en lo que al sentido histórico, social y moral de la sociedad de clases concierne. De esas tres actitudes, las dos primeras se corresponden con posiciones de clase. La tercera actitud es la de los intelectuales y teóricos. Esta última constituye un problema especial, ya que el intelectual pretende que su actitud es objetiva, «metasocial», en el sentido de más allá de toda determinación de clase.

La actitud psicológicamente más interesante es, sin duda, la del burgués. Sociológicamente, sin embargo, la actitud más importante es la del proletariado, pues el problema está planteado por éste y no por el burgués. La actitud proletaria, además, es una actitud mixta, mitad genuinamente proletaria, mitad recibida de los teóricos, que no eran, ni podían ser, proletarios. Esta mixtura, que para algunos es una mixtificación, tiene su origen en el hecho hoy obvio, pero que histórica y sociológicamente no tiene nada de obvio, de que la actitud proletaria predominante —esto es, eficaz socialmente— es una actitud socialista (6).

El hecho más importante de la historia contemporánea no es la aparición (o desenvolvimiento cuantitativo) del proletariado; ni lo es tampoco el que éste adquiriese conciencia de sí como una nueva y poderosa magnitud social, sino que el hecho verdaderamente importante es que esta conciencia proletaria sea una conciencia socialista, en el sentido histórico concreto que en Europa es propio del término socialismo.

Es visible lo que el socialismo ganó en ímpetu por esta alianza, como lo es también cuanto provecho cosechó el proletario. Pero para la suerte futura de ambos, este enlace no deja de tener sus riesgos, particularmente por la aparición de un nuevo factor: el comunismo ruso. La peligrosa identificación entre socialismo y proletariado y entre proletariado y socialismo ha tenido por resultado una canonización del proletariado, que, como tantas otras formas de apoteosis profana, sirve para que sus presuntos fieles encadenen al nuevo Júpiter. En la histo-

(6) Véase P. Tillich, *Zur sozial. Entscheidung*, 1933. La conexión necesaria entre proletariado y socialismo es un problema sustantivo de que no podemos ocuparnos ahora.

ria de Occidente la deificación del proletariado ha sido un atroz error. Por razones tácticas y efímeras se traicionó una teoría cuya intención era justa: superar la tensión entre burgués y proletario; ir hacia una sociedad con o sin clases (en el sentido preproletario del término), pero a una sociedad sin clase burguesa y sin clase proletaria. La intención primordial del socialismo, su justificación histórica y humana, era ésa, y no otra. Pero contra ella se ha llegado a lo que ni el más fiero burgués imaginó como posible: a suprimir la lucha de clases por sustitución del burgués, presunto o real explotador, por un patrono único que expropia a los burgueses sus medios de poder económico y sumándolos a los del Estado los multiplica y centuplica, ejerciendo sobre el proletariado — ¡que no desaparece! — un dominio como nunca soñó el capitalista burgués.

En lo concerniente al concepto de clase social del socialismo, la evolución apuntada ha tenido por efecto una transustanciación del concepto de clase proletaria y de la sociedad sin clases. En sus líneas generales el proceso está ya esquematizado en las líneas precedentes; lo repetiremos, sin embargo, señalando algunos planos nuevos.

V

El sentido de la lucha de clases era que finalmente las clases morían. El proletariado era la *última* clase; la que si moría, moría, pero advenía a nueva y gloriosa vida. Se notará sin dificultad que esto implica la atribución al proletariado de una doble alma: una, exacerbadamente clasista, ya que la intensificación de su ser y conciencia de clase le era indispensable al proletariado; pero, por otro lado, también tenía que esconder en sí la entelequia del futuro hombre sin clase. El supuesto real, social e histórico, como también antropológico de esta cuasi metafísica y teología del proletariado, es que en la sociedad de clases existe algo que anuda al pasado y al porvenir, y que mira hacia el futuro; algo que si moldea las almas proletarias, también es moldeado por ellas. A ese algo llamásele cultura. En esta conexión decía Pablo Tillich que el socialismo, surgi-

do sobre el suelo de la cultura burguesa del Occidente cristiano, «lleva consigo la historia religiosa y profana del Occidente, y está tan formado por ella como lo estaba la burguesía y los grupos preburgueses». Y agrega: «Por esto, el socialismo se delimita en su ser y conciencia frente a todas las posibilidades extracristianas, tales como, por ejemplo, las que en Asia hallamos realizadas» (7). Entendido así, el proletariado socialista venía a encontrarse en la situación de la *girl* americana que hereda y sucede a su vieja y noble abuela inglesa, Lady Smith. El heredero ni intenta sumirse en la vida muerta, ni destruir su legado, sino que lo recibe a beneficio de inventario, para ensayar una reorganización total de la masa heredada, a la que ordena según principios nuevos, acordes con sus propias necesidades vitales y culturales.

Esto significa que respecto a la cultura, el proletariado tiene una actitud ambivalente: niega polémicamente la situación cultural del presente, pero no por lo que de cultura tiene, sino porque la situación cultural —el acento va sobre situación— le parece anticultural; una anticultura. En este sentido polémico, los términos «cultura burguesa», «cultura aristocrática» y «cultura proletaria» tienen una relativa justificación. Pero la apoteosis proletaria, cometida por el socialismo y en particular, por el comunismo ruso, altera gravísimamente la actitud cultural del proletariado, y las categorías «cultura burguesa» y «cultura proletaria» sufren una hipóstasis que contraría mortalmente a la esencia de la cultura. Yo sé bien que aquí estamos arrojados en un mundo de problemas de suma delicadeza. Pero mencionarlo me parece indispensable, ya que la familiaridad y desenvoltura con que hoy se habla de cultura burguesa, cultura aristocrática y cultura proletaria indica bien a las claras cuán escasa y ligera es la conciencia subjetiva con que se tratan estos enormes problemas de la morfología de la cultura, en su relación con la sociedad y con las estructuras sociales históricas y concretas. El tema, sin embargo, entiendo yo que no se puede esquivar cuando se habla del problema de las clases sociales. En rigor, no son dos temas adyacentes entre sí, sino uno

(7) Tillich, pág. 86.

y mismo problema, visto desde dos ángulos distintos. La hipóstasis de las clases, y la demonificación de una y la santificación de la otra, corresponde exactamente a una actitud cultural paralela.

Mientras estas hipóstasis sólo tuvieron valor histórico dialéctico, su malignidad no era muy grande, desde el punto de vista de la cultura. Pero desde el instante en que se inicia la deshistorificación del concepto de proletariado, las cosas toman distinto cariz. Una cultura proletaria, no como momento dialéctico, sino como ideal de futuro, es un contrasentido cultural. Es una anticultura, y nada más (la cultura burguesa, en lo que tiene de cultura, no es intencionalmente burguesa; la cultura proletaria, en cambio, debe ser proletaria por principio y razón programática...). Un documento probatorio de esta anticultura proletaria lo tenemos en lo que hoy mismo suele pasar por cultura proletaria (8). En el mundo occidental se incorporan a la cultura llamada proletaria toda clase de formas degeneradas, y que ni han nacido del seno proletario ni están destinadas objetivamente al proletariado. Trátase de formas artísticas o literarias, engendradas por la burguesía; son productos del proceso de desintegración de la burguesía. Así, resulta que Velázquez y Cervantes pueden ser burgueses, pero que Picasso es cultura proletaria. Sin emitir juicio estético sobre este último pintor, yo no soy quién, ni ésta es ocasión, y sólo apreciando los supuestos sociales de su arte, digo que resulta grotesco que el pintor más difícil «en superficie» sea un pintor proletario. La dificultad en superficie, propia del arte contemporáneo, es un síntoma específico de la desintegración de la sociedad burguesa; es la tiesura externa que encubre la demacración inter-

(8) El problema de la cultura reducida por Marx a una superestructura ideológica sufre en la esfera artística un giro inesperado. El arte, la autonomía de los valores estéticos y, en particular, del arte griego, no dejan sosegar a Marx. Vacilante, no decidió hasta dónde llegaba el problema. El arte se escapa a la determinación de abajo arriba. Véase Hans Barth, *Ideologie und ideologisches. Bewusstsein in der Philosophie von Karl Marx*, en *Wahrheit und Ideologie*, Zurich, 1945, pág. 143.

na. Cotéjese esta dificultad en superficie con la facilidad en superficie de la gran cultura occidental. A Cervantes, a Shakespeare, a Dante, los lee cualquiera (T. S. Eliot ha dicho de Dante que se le puede gustar sin saber italiano..., y es muy verdad, pues *ex abundantia artis*, en Dante hay planos estéticos tan superficiales que, sin penetración de concepto, pueden ser gustados). Lo mismo pasa con Velázquez o Leonardo. En ese arte hay para todos: su estratificación de menor a mayor dificultad los abre a todos. Es un arte realmente inagotable, y cuyas últimas y más profundas capas aún están por explorar. Es, sin embargo, un arte a la interperie, sólo guardado por su propia riqueza. En cambio, el arte desintegrado que se ofrece al proletario como arte suyo es un pedregal cerrado y defendido por todo género de mecanismos secretos y complicados (9).

VI

Para no extender más estas notas, haré breve sumario de mis definitivas intenciones:

1) La investigación del concepto de clase social y del concepto «sociedad de clases» es para nosotros un problema sociológico eminente en razón y en función de la problemática social real y actual. El problema «clase social» tiene actualmente su fisonomía específica, determinada por el hecho de la existencia de la clase proletaria. La teoría de las clases sociales es, en rigor, «teoría» del proletariado. (Cfr.: «La sociologie...

(9) La actitud comunista no es muy favorable a esta incorporación al acervo proletario de las formas culturales burguesas degeneradas. Pero las repulsas oficiales tienen por base consideraciones políticas y no culturales. El arte realista, por ejemplo, que como arte proletario se propugna por los comunistas oficiales, no es tampoco tal arte, sino un capítulo de la propaganda política. La desconfianza que ante el arte burgués degenerado han sentido los jefes comunistas, proviene principalmente del obvio parentesco existente entre esas formas artísticas y las actitudes político-intelectuales de carácter irracionalista que en su día sirvieron de pábulo doctrinal a los llamados movimientos facistas.

elle a, avant tout, pour object d'expliquer une réalité actuelle, proche de nous, capable, par suite, d'affecter nos idées et nos actes: cette réalité, C'est l'homme, et plus spécialement, l'homme d'aujourd'hui, car il n'en est pas que nous soyons plus intéressés à bien connaître...») (10).

2) En este sentido, el marxismo (no tanto el pensamiento de Carlos Marx, que bien puede ser que no sean la misma cosa) es para nosotros mucho más un elemento real de esa problemática situación social actual que una teoría sobre ella.

3) A nuestro juicio, la genuina intención marxista era probar cómo y por qué la sociedad de clases tenía que morir.

4) El proceso de extinción y muerte de las clases sociales era para los marxistas un proceso dialéctico; un tránsito continuo de lo antagónico hacia lo armónico, y cuyo último eslabón, el que unía la prehistoria con la historia, era el que sumaba el pasado, acisolado, al futuro. El proletariado, que era este eslabón dialéctico, estaba en Marx historicado; destinado a morir, a destruir las clases y aniquilar su propia proletariedad (11).

5) Por razones muy varias, el proletariado ha sido deshistoricado *de facto*, cuando no *de iure*.

6) Razón principal y real de este proceso es que por la instauración del marxismo en Rusia, la oposición burgués-proletario menoscaba su sentido dialéctico histórico y acentúa su carácter político nacional. En el plano político nacional y proletario se condicionan recíprocamente. Proletario da contenido a nacional; pero lo nacional político ejerce su autonomía específica: *in suo esse perseverare*. El sentido último de la historia no es ya que lo proletario muera y advenga el hombre —el *regnum hominis* de Bacon, por ejemplo—, sino que el proletario no muera. La oposición Rusia-Occidente y la oposición proletario-burgués se identifican.

7) Por otra parte, en el propio Carlos Marx estaba ya el principio teórico, germen de esta hipóstasis del proletariado.

(10) E. Durkheim, *Les formes elementaires de la vie religieuse*, 1912, páginas 1 y 2.

(11) Marx Weber, *G. Aufsatz z Soziologie*, 1924, 505.

Pablo Tillich observa que al hombre «en general», tema de la antropología, opuso Marx el «hombre real»: determinado por su socialidad y por su clase. Pero —como objeto el mismo Tillich— el «hombre determinado por su clase» sigue siendo «hombre»; esto es: un ser que puede tener historia; que puede vivir en sociedad, sufrir la separación en clases y sucumbir a la deshumanización y cosificación. Un ser que también puede luchar por un orden social en que cumplir su destino, un humanismo real. Esta condición del hombre presupone que el ser humano posee estructuras que han de ser investigadas, puesto que ellas arrojan luz sobre los movimientos sociales. E inversamente, la concepción de que del hombre se tenga, está en íntima conexión con la situación social (12).

8) Cualquiera ensayo de esbozar una teoría de la sociedad de clases ha de tener exquisito cuidado de no anegarse en el sociologismo (como Durkheim en la precitada obra), pero sin refugiarse tampoco en el idealismo antropológico, que no va hoy sin su pizca de hipocresía. Las líneas de Shelley, tan bellas, sólo tienen valor para nosotros, aprendices de teóricos sociales, por su final estribillo «but man»:

The loathsome man has fall'n, the man remains/Sceptreless,
free, uncircumscribed, but man./Equal, unclass'd, tribeless, and
nationless./Exempt from awe, worship, degree, the king/Over
himself; just, gentle, wise, but man.

9) Este realismo de la sociología le obliga a contar con Marx. Y no porque el marxismo sea valioso como teoría, sino porque el marxismo es hoy una realidad tan poderosa que si no se estudia a Carlos Marx con gran diligencia teórica se corre el gravísimo riesgo de ser marxista por ignorancia. Ya dijo Spengler: «Todos somos socialistas sin saberlo. Todos traemos el socialismo en nuestro interior, como sentimiento de la vida, lo queramos o no lo queramos; y hasta la oposición al socialismo es socialista» (13).

10) El tema de las clases sociales es, pues, un problema

(12) Tillich, *op.*, págs. 16 y 24.

(13) O. Spengler, *Untergang des Abendlandes*, vol. I, pág. 506.

bifronte: es un problema sociológico actualísimo, y, como tal, histórico y concreto. Pero, por otro lado, el problema no se comprende a fondo sino penetrando en el problema antropológico. Sólo desde la antropología puede responderse a esta cuestión: el hombre, ¿es sólo miembro de clase?; o ¿el hombre es un sér que tiene clase? La respuesta a esta cuestión prejuzga lo que por cultura deba entenderse, y lo que se entiende por cultura determina, en parte, el futuro ser de nuestra cultura.

NICOLÁS RAMIRO RICO

NOTA.—En nuestro próximo número cerrará JAVIER CONDE, Director del Instituto, este sucinto examen del problema de las clases sociales, razonando las conclusiones a que el Seminario ha llegado.

MUNDO HISPANICO

